

A las nueve menos un minuto estaba llamando al timbre del despacho de Miguel Bombier, que se hallaba en el barrio Salamanca, en la calle General Oráa. No le abrían. Estaba empezando a impacientarse, algo había fallado. Pero no le abrían porque el abogado aún no había llegado; lo supo cuando un señor elegantemente vestido y con bigote de húsar, le pidió amablemente que se apartara para introducir una llave por la cerradura. Ya dentro, se dieron la mano y se presentaron. Pasaron a un despacho solemne, con una mesa de madera vieja pero noble que olía a litigios antiguos, a inconfesables secretos y a mentiras rancias para exculpaciones imposibles.

José María Torres ya le había adelantado algo, pero Fernando volvió a contarle toda la historia con pelos y señales. Además le explicó, lamen-

Juan Ignacio Montiano

tándose de las casualidades de la vida, que, si era verdad lo que le había dicho el inspector García, el suicida y él se conocían. Habían sido compañeros en el colegio La Salle.

—¿Desde que abandonó usted el colegio ha vuelto a ver a José Luis Gracián? —le preguntó—.

—En todos estos años no le he visto nunca, se lo juro —no dijo nada del incidente del semáforo, en realidad tampoco estaba seguro de que el loco que se le abalanzó fuera él—.

—A mí no me tiene que jurar nada, yo soy su abogado, los juramentos para el juez. ¿Me ha traído los contratos? —era seco de narices el letrado—.

Estuvo un rato leyéndolos, debía tener un sistema de lectura rápida, pues a otro mortal cualquiera aquello le hubiese llevado una hora, al menos leerlos con detenimiento, entendiendo lo que se lee.

—Pues está usted solo en esto.

—¿Qué quiere decir?

—Que es el único responsable, que la empresa dueña de la emisora no va a soltar ni un duro si hay que indemnizar.

—¿Pero por qué se va a tener que indemnizar? Es sólo un concurso. ¿Por qué no culpan a

su novia que fue la que nos hizo el encargo, o a la madre de la novia que, desconfiada, tengo entendido que fue la que le instigó?

—Pues porque el programa lo dirige usted, porque usted gana y hace ganar dinero con la bromita, porque, si no es por su programa, ahora José Luis Gracián estaría vivo.

Un momento opaco y sin tiempo oxidó la manida madera de la mesa. Fernando se llevó las manos a la cara, parecía que se iba a echar a llorar.

—¿Sabe lo que me extraña? —Fernando no respondió, sólo le miró—. Me extraña que esté la policía por medio. Hubiese entendido que un abogado espabilado hubiera calentado a la familia para, desde una acusación particular, intentar sacar una buena tajada del asunto, bien con un acuerdo previo o incluso forzando un juicio que, sin duda, les hubiera sido ventajoso.

—¿Ventajoso? —preguntó Fernando cagado de miedo—.

—Sí, ventajoso. Tengo que decirle que la tiene cruda. Tenemos que intentar que la cosa sea lo menos penosa posible, pero la metedura de pata ya esta hecha.

Juan Ignacio Montiano

—Pero cómo puede ser esto. ¿Yo qué he hecho? No he hecho nada malo, sólo un programa de entretenimiento, una broma para que la gente se divierta, se ría y empiece el día de buen humor. No puedo creer que me esté pasando esto. ¿Qué pasa, que en vez de perseguir criminales ahora la policía se dedica al acoso de periodistas?

El abogado Bombier se puso serio.

—Si quiere saber mi opinión, le diré que la bromita que hacen en la radio no tiene ni puta gracia, que juegan con la gente y que tenían que haberse imaginado que un día darían con alguien lo suficientemente inestable como para que su bromita de las narices lo descompensara y, como ha ocurrido, se quitara de en medio.

Fernando estaba hundido, cada vez se sentía más culpable.

—Pero volviendo a la policía —retomó el hilo el abogado—. No sé qué les ha hecho iniciar una investigación criminal, por qué han ido a su casa, por qué le han cogido una muestra de ADN, por qué... —pensaba el letrado. Se levantó—.

—¿Quiere un café? Tengo una nespresso que hace un café riquísimo.

—No gracias.

Él se preparó uno. El aroma a café llenó el despacho. Empezó a beberlo a sorbos que parecían besos.

—Yo es que soy muy cafetero. Igual me tomo ocho por la mañana. Por la tarde ya no tomo ninguno, que si no, luego por la noche me cuesta dormir un triunfo.

Saboreaba el café, se abstraía un poco, cerró los ojos; parecía estar pensando. Luego le dijo:

—Dígame, ¿me lo ha contado todo, no me oculta nada? Yo tengo que saberlo todo, si no, malamente podré defenderle.

—Bueno —con la voz entrecortada y débil— quizás no nos llevásemos demasiado bien en el colegio.

—¿En qué sentido?

—Ya sabe, cosas de chavales.

—¿Peleas?

—Más o menos.

Se levantó del asiento y empezó a caminar por la habitación.

—Joder, joder...—decía—.

Se volvió a sentar y se terminó el café.

—Oiga, ¿qué puedo hacer? —suplicó Fernando desesperado—.

Juan Ignacio Montiano

—Lo primero, no hable con nadie sin consultármelo. Supongo, lo digo porque ya está la policía metida, que en breve nos citarán al Juzgado de Instrucción para que un juez o jueza, que ahora hay muchas, determine si se trata de una causa probable o no. Si la cosa pinta mal y vamos a juicio, habrá que prepararse bien: por ejemplo, saber si José Luis Gracián había estado en tratamiento psiquiátrico previamente, nos vendría de perlas. La mayoría de los suicidas tiene algún trastorno y algún antecedente de autolisis, que es como llaman los médicos al intento de suicidio. Habrá que demostrar que al pájaro no le movía el amor por la chica sino las ferreterías de su padre. Trabajaba por la noche en un tugurio y de día en Massimo Dutti, eso no debe ser fácil de aguantar, seguro que más de uno ha compartido con él alguna que otra raya. Y luego el ambiente familiar tampoco es el mejor para mantener una mente equilibrada. No sé, creo que hay vías por las que tirar; algo haremos.

Qué mierda, qué mierda de vida, —pensaba Fernando—.

—Ahora resulta que vamos a cubrir de excrementos la tumba del pobre José Luis, ¿no hay otra manera? —preguntó—.

—A buenas horas se te despierta la conciencia, compañero. ¡Anda no me jodas! Si quieres que yo lleve este asunto, tendrá que ser a mi manera, si no, y por mucho que aprecie a tu asesor fiscal, ya te puedes ir buscando a otro.

—No, no, no es eso, es que estoy hecho un lío.

—Venga, vete a casa y descansa. Si te llega cualquier citación, me avisas.

Se despidieron en el descansillo. El abogado entró a prepararse otro café. Fernando bajó caminando, sólo eran tres pisos. Las escaleras, de madera rancia, crujían fingiendo dolor y vejez. Ya en la calle se dirigió hacia al aparcamiento donde había dejado el descapotable.

Al ir a entrar, se llevó una sorpresa mayúscula; otra. Por las escaleras del garaje subía el inspector García López acompañado por dos policías nacionales que vestían un uniforme especial; eran policías de la científica, como así indicaba en sus espaldas. Fernando se quedó pegado al suelo, con la boca abierta, sin poder reaccionar.

—Buenos días don Fernando —le dijo el inspector, con su voz gruesa y pausada—.

—Bue...

Juan Ignacio Montiano

Pasaron de largo sin detenerse. Los tres policías caminaban con prisa, decididos, hacia un destino concreto.

—Nos veremos —le gritó levantando el brazo—.

Bajó rápidamente al coche. Han estado mirando en mi coche —pensó—. Lo había dejado descapotado, qué imbécil era. ¿Pueden hacer eso, tendrían una orden de registro? Qué cojones estarían buscando.

Miró el coche a fondo, no vio nada, salvo un polvillo blanco aquí y allí. Han debido de estar buscando huellas dactilares —pensó—. Me estoy metiendo en un agujero, sin comerlo ni beberlo, que no me lo puedo creer —se desesperaba—.

Se fue a casa, le quedaba todo el sábado por delante para seguir amargándose.